

DESARROLLO ECONÓMICO, CRECIMIENTO POBLACIONAL Y BIENESTAR SOCIAL EN P. R.

MANUEL PÉREZ DE JESÚS*

I

CASI todos los países pobres del mundo contemporáneo están comprometidos ideológicamente con la meta de desarrollo económico máximo. Sin embargo, los problemas sociales que tienen que resolver como precondition para que tal ideal comience a realizarse presuponen unas transformaciones estructurales, culturales, y psicológicas de carácter cuasi-revolucionario.

Uno de los más formidables obstáculos al bienestar y seguridad económica lo es la tendencia de las poblaciones de esos países a aumentar desordenadamente, poniendo en peligro las posibilidades de crecimiento económico rápido. Por tal razón, una de las metas inmediatas de los líderes del mundo subdesarrollado tiene que ser la de controlar lo más rápidamente posible esta explosión poblacional.

Además, las poblaciones de estas sociedades tienen que ser motivadas de manera que deseen y traten de cambiar sus orientaciones económicas y existenciales tradicionales. Tienen que aspirar a mejorar su nivel de vida como precondition para que acepten los grandes sacrificios personales que conlleva el esfuerzo inicial de desarrollo. Esto presupone un mejoramiento general en la salud personal de manera que se disponga de la "energía humana" necesaria para el aumento en la productividad.

La sociedad como un todo tiene que desatar un avasallador esfuerzo educativo, si es que ha de lograr incorporar a la economía la mayor

* Profesor de Ciencias Sociales y Sociología, y Director del Depto. de Ciencias Sociales, Facultad Estudios Generales, Universidad de Puerto Rico.

porción posible de la fuerza potencial de trabajo. Este esfuerzo educativo tiene que redundar, además, en la "modernización" de la mentalidad tradicional; las gentes tienen que estar dispuestas a abandonar algunos rasgos y pautas culturales obstaculizantes, y a adoptar lo antes posible aquellas formas de pensar y actuar que facilitan la transformación de sus respectivas sociedades.

Idealmente, las poblaciones deben consumir menos de lo que producen durante un período de tiempo bastante largo. En la ausencia de capital extranjero, es éste el único modo de aumentar la capacidad productiva del sistema.

Finalmente, y partiendo de las experiencias históricas de las sociedades desarrolladas, grandes porciones de las poblaciones totales de los países pobres tienen que emigrar hacia los incipientes centros industriales. Desde el punto de vista personal esto conlleva abandonar comunidades normativamente integradas, y vidas culturalmente llenas de sentido, para ajustarse a un medio ambiente psicológicamente desorganizado y altamente impersonal.

Estos y otros cambios tienen que darse en un momento u otro de la primera etapa de desarrollo. Todos ellos son difíciles de realizar, aunque algunos son susceptibles a la intervención voluntaria y planificada de organizaciones públicas y privadas.

El mayor obstáculo al esfuerzo por controlar lo que suceda durante este proceso de desarrollo lo plantea la crónica escasez de recursos económicos, técnicos, e intelectuales en estas sociedades.

Existen, desde luego, modelos de cambio social que se derivan de las experiencias históricas de los países industrializados. En cierto sentido, estos modelos pueden ser de gran utilidad para los líderes políticos y económicos de los países subdesarrollados, aunque se hace necesario adaptarlos tanto a las condiciones socio-culturales del país donde se apliquen como al hecho de que las condiciones de desarrollo moderno son bastante diferentes de las que se dieron en el pasado. Por ejemplo, los países pobres pueden beneficiarse de la tecnología avanzada y de los principios organizacionales descubiertos y utilizados en las sociedades industrializadas. Igualmente, los esfuerzos por educar en masa a la población total pueden ser facilitados por el uso de las técnicas pedagógicas modernas y los medios de comunicación avanzados.

Por otro lado, países pobres no tienen necesariamente que repetir el proceso de evolución ideológico-político de las sociedades capitalistas modernas. No tienen ellos que partir de un sistema económico

estrictamente privado. La intervención estatal y la planificación económica es ya común en muchos países industrializados, y la tendencia es en dirección de mayor participación pública y planificación económico-social.

Idealmente, estos países deben esforzarse por evitar los errores costosos cometidos durante el desarrollo de las naciones industriales modernas. Por ejemplo, deben regular sus economías de manera que no ocurran los desastrosos ciclos de depresión e inflación. De la misma manera, sería altamente deseable que evitaran las guerras, y que no tuvieran que invertir en su defensa nacional grandes porciones de sus escasos recursos productivos.

Sin embargo, es en el área demográfica donde la experiencia previa debe de servir de marco de referencia a los países subdesarrollados. Primero que nada tiene que reconocerse que el problema de sobrepoblación que confrontan estas naciones no es de ningún modo idéntico al que tuvieron que enfrentar y resolver los países industrializados modernos. La industrialización y modernización económica europea se dio en un momento histórico en que existían en el globo terrestre grandes extensiones territoriales prácticamente deshabitadas.

El incremento en la producción agrícola, el paulatino mejoramiento para la masa de los pueblos, y los desarrollados de las ciencias médicas, hicieron posible una reducción significativa en la mortalidad. Pero la existencia de grandes áreas sin poblar o explotar económicamente permitió que el subsecuente aumento demográfico no conllevara una crisis como la que amenaza el mundo subdesarrollado contemporáneo.

En aquellos países con una capacidad productiva baja, el problema poblacional conlleva, sin lugar a dudas, un número de serias implicaciones económicas y sociales negativas. El crecimiento demográfico desmesurado impone fuertes demandas sobre los limitadísimos recursos de que dispone la sociedad, y que urgentemente necesita para sacar la economía a flote. Genera el crecimiento poblacional rápido una gran masa de individuos no productivos que tienen que ser cuidados, alimentados, vestidos, albergados, y educados antes de que puedan ser incorporados al sistema de producción. Una sociedad subdesarrollada no puede gastarse el lujo de sostener una masa cada vez mayor de dependientes.¹ Si no logra arrestar el crecimiento poblacional el es-

¹ Robinson, Joan, *Economic Philosophy*, Aldine Publishing Co., Chicago, 1963.

La profesora Robinson dice: "The way to raise output per man is through providing equipment and education. In the under-developed countries there are masses of workers employed at a very low level of productivity or scarcely employed at all. To equip and

fuerzo por modernizar el proceso productivo, y por aumentar el nivel de vida para la totalidad de la población, puede ser derrotado.

La ciencia médica de los países avanzados ha logrado descubrir y desarrollar remedios sumamente eficaces para el control y eliminación de enfermedades y pestes anteriormente responsables de una alta tasa de mortalidad. La introducción de estas innovaciones médicas en los países pobres ha tenido el efecto de reducir su mortalidad en una fracción del tiempo que tomaron los países hoy desarrollados.^{2,3} En Puerto Rico, por ejemplo, los programas de salud pública han sido tan efectivos que su nivel de mortalidad es actualmente más bajo que el de algunos países totalmente industrializados. La malaria, la tuberculosis, la nefritis, la pulmonía, y otras enfermedades tropicales han sido casi totalmente eliminadas.⁴

Sin embargo, lo que puede considerarse como un rotundo éxito en un área social, puede plantear serios problemas en otras. El mejoramiento del nivel de salud de la población de los países subdesarrollados plantea un serio problema demográfico.

La fertilidad es una variable casi completamente desligada de la mortalidad, de suerte que cambios en ésta no conllevan necesariamente cambios en la otra. La fertilidad de una población está determinada por factores de naturaleza cultural, intelectual, y emocional. Los hábitos de procreación son el resultado de tradiciones y costum-

train them for a reasonable level of production is a big job. So long as numbers are growing, the time at which all are equipped is postponed," pág. 114.

Y... "More men with more bare hands, even if they do not lower the average, make it harder to raise. Granted perfect organization, untrammelled by inappropriate social institutions and operated with provity and wisdom, there is still a limit to the amount of investment that can be carried out by any given labour force (counting exports used to pay for imported equipment as part of investment). The limit is set by the surplus per man employed in producing the mere necessities of consumption over his own consumption." *Ibid.*, pág. 114.

² Dice la profesora Robinson: "...many (of these countries) experiencing a violent population explosion as a result of importing a modernized death-rate into regions where a primitive birth-rate still obtains, clamouring to escape from the status of howers of wood and drawers of water for the prosperous West and set up as prosperous nations themselves." *Ibid.*, pág. 99.

³ Huxley, Julián, *Knowledge, Morality, and Destiny*, The New American Library of New Literature, New York, 1957.

Dice él: "The excessively rapid acceleration during the present century is due to yet another decisive set of discoveries —the discoveries of physiology, scientific medicine, and hygiene, whose result may be called death-control. Where these discoveries have been fully applied, the expectation of life at birth has more than doubled," pág. 158.

Y... "In the Western world the (population) change was gradual, and its effects on population growth were buffered by two interlocking factors... Matters were very different in the under-developed countries. There death-control was introduced with explosive speed. Ancient diseases were brought under control or even totally abolished in the space of a few decades or even a few years. Let me give one example. In England malaria took three centuries to disappear: in Ceylon it was virtually wiped out fifty times as fast, in little more than six years, thanks to D.D.T. and well-organized anti-malaria campaign." *Ibid.*, pág. 160.

⁴ Davis, Kingsley. Puerto Rico, una isla sobrepoblada, *La Torre*, abril-junio, 1953.

bres, valores y supersticiones, al igual que complejos inconscientes. Todos estos factores son poco susceptibles a modificaciones rápidas.

Históricamente, los cambios asociados a la primera etapa de industrialización produjeron un período extenso de crecimiento demográfico. En los países ya desarrollados la población original se multiplicó varias veces antes de que el distanciamiento entre la mortalidad y la fertilidad se redujera considerablemente. Además, el incremento en la capacidad productiva tendió a ser mayor que el incremento neto de la población, y aunque no todos los sectores poblacionales de estas sociedades se beneficiaron igualmente de tal desarrollo, los sistemas económicos como un todo lograron acumular suficientes recursos productivos que habrían de garantizar el eventual mejoramiento del nivel de vida de todas las clases sociales.

Las causas responsables de la reducción de la fertilidad en los países ya industrializados han sido ampliamente documentadas por numerosos estudios sociológicos y demográficos. Entre los factores correlacionados a este fenómeno se encuentran los siguientes.⁵ En primer lugar, se dio un cambio en las aspiraciones económicas de un sector de la población, cambio que paulatinamente se fue generalizando en la restante sociedad. Simultáneamente se manifestaron presiones externas, tales como la escasez de espacio en los incipientes centros urbanos. A estos centros emigraron en masa grandes contingentes de habitantes rurales. También comenzó a escasear el tiempo para la crianza de niños. Tanto el hombre como la mujer tendieron a buscar trabajo, y a pesar de que gradualmente fueron creándose organizaciones extra-familiares para la crianza, el tener demasiados hijos constituyó un serio obstáculo a los esfuerzos de los padres por mejorar el nivel de vida de la familia.

De igual importancia parecen haber sido las leyes que contra el empleo de menores fueron gradualmente pasadas por los gobiernos de las sociedades en desarrollo. En la era pre-industrial, los menores eran de gran valor productivo. Desde bien pequeños, llevaban a cabo tareas de obvia importancia económica para la unidad familiar rural. Dada la alta mortalidad de la época, y la obvia utilidad económica de los hijos, la familia numerosa era de gran importancia funcional. En la primera etapa de la industrialización, los menores fueron tam-

⁵ Huxley, Julián, *op. cit.*, pág. 160. "The rising standard of life encouraged family limitation, partly because of the parents' desire for the comforts and amenities of life (competition between quantity of children and cars and TV sets), partly because of their desire that their children should have the best possible chance in life, better health and enjoyment as well as better education (competition between quantity of children and the quality of their lives), and partly because in an urban or high-wage civilization, children are no longer an economic asset."

bién utilizados en las fábricas, en los trabajos domésticos, y en las minas. Pero la serie de leyes aprobadas contra su empleo les convirtió en obvias "cargas económicas".

Gradualmente se fueron incorporando en estas sociedades valores y actitudes positivas con relación a la educación y preparación técnica. La escuela comenzó a ser vista como el medio más efectivo para mejorar económica y socialmente. Debido al creciente énfasis en la movilidad vertical, los padres comenzaron a proyectar en sus hijos parte de sus ambiciones personales. Estos últimos fueron frecuentemente convertidos en "agentes" de prestigio social y de seguridad económica para la familia. A mayor preparación formal, mayor posibilidad de éxito económico, y consecuentemente, mayor rango social para ésta.

Desde luego, la preparación formal de los hijos conllevó una inversión considerable de los recursos económicos de la familia. De ahí la necesidad de planificación y de reducción significativa del número de éstos.

Junto a estos cambios se dio también una reorientación valorativa y existencial en sectores importantes de la población. La vida ya no fue vista por éstos como una preparación para "el más allá". Las creencias religiosas tradicionales fueron perdiendo su atractivo para muchos individuos, especialmente para los miembros de los sectores mejor educados de la sociedad. Su orientación existencial se tornó "temporal"; sus valores se secularizaron. Tendió a surgir una persona sumamente interesada en el disfrute de experiencias privadas agradables. Esto probablemente constituyó un fuerte incentivo adicional para la limitación numérica de la familia (esto, desde luego, es una simplificación de la complejísima evolución económico-social. Max Weber, por ejemplo, ha documentado el impacto de la Reforma sobre la orientación económica de grandes sectores poblacionales europeos. El ascetismo religioso fue gradualmente sustituido por un ascetismo económico, el cual aparentemente fue un factor importantísimo en la modernización de la economía.⁶ Sin embargo, esta "ética protestante" dio lugar a actitudes y orientaciones valorativas de carácter predominantemente secular. Además, este proceso de secularización se dio también en sectores no protestantes, lo cual sugiere que éste es un fenómeno íntimamente ligado al desarrollo económico).

En otras palabras, el individuo en la sociedad industrializada y urbanizada se fue paulatinamente tornando individualista y hedonista, orientándose hacia la consecución de placeres personales fuera del

⁶ Weber, Max. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Charles Scribner's Sons, New York, 1958.

hogar: en el teatro, el cine, el restaurante, los parques deportivos, el club nocturno, las travesías.

Al mismo tiempo, la creciente complejidad de las tareas productivas de un sistema económico altamente técnico y mecanizado forzó a muchos individuos a invertir en su formación educativa un número de años cada día mayor. Esto probablemente causó una reducción en el número de matrimonios jóvenes. Dadas las crecientes aspiraciones socio-económicas, y las crecientes demandas educativas del sistema industrial, se hizo necesario posponer el matrimonio como condición para ascender en la escala social.

De la misma manera, aumentó el sentido de responsabilidad parental, preocupándose los padres por el desarrollo intelectual-emocional de los hijos.

Algunas de estas tendencias han sido parcialmente modificadas en la sociedad "post-industrial" moderna. La gradual aparición del Estado Benefactor ha permitido que los padres deleguen algunas de sus funciones y responsabilidades tradicionales a instituciones públicas y semiprivadas, e.g., la escuela, compañías de seguros. Esto último probablemente acentúa más el sentido de autonomía de los padres frente a sus hijos (desde luego, los hijos llenan la función de grupo primario para los padres, siendo emocionalmente importantes en la complicada e impersonal sociedad moderna).

Todo este proceso ha sido *una tendencia a largo plazo*. Tomó muchas décadas, y hasta siglos, en cristalizarse. La experiencia histórica de los países industrializados nos dice que la mortalidad es una variable mucho más fácil de controlar que la fertilidad. Solamente mediante esfuerzos masivos por restringir el crecimiento poblacional, es posible crear un equilibrio entre la fertilidad, la mortalidad, y el crecimiento económico. Esfuerzos educativos e informativos en grande escala, junto a la creación de innumerables clínicas al nivel local, harán posible que se logre evitar el dilema que actualmente confrontan los países subdesarrollados: el hecho de que el esfuerzo por mejorar las condiciones de vida mediante la industrialización, o modernización de la economía, conlleva una explosión poblacional que multiplica las necesidades económicas de esas sociedades mucho más rápidamente que el aumento en la capacidad del sistema económico para satisfacerlas. Este es el clásico problema de "la liebre y la tortuga", sólo que en esta instancia la liebre no se duerme.

Si el aumento en la capacidad productiva no puede ser mantenido indefinidamente, esta situación puede conllevar un estancamiento final de la economía, y posiblemente una regresión a las condiciones anteriores de pobreza extrema.

Y debido a la naturaleza de las transformaciones valorativas y estructurales que tienen que haberse dado como consecuencia del esfuerzo por cambiar la economía, la sociedad puede verse envuelta durante un largo periodo en una situación de profunda inestabilidad social y política. Una población que ha incorporado psicológicamente una gama de nuevas aspiraciones económicas no va a sentirse contenta al descubrir que muchas de éstas no son realizables. Esto crea, estructuralmente, una situación de distanciamiento entre las aspiraciones economicosociales del pueblo y la capacidad de su sistema económico para satisfacerlas. Tal situación conlleva un alto potencial revolucionario.

En el mundo contemporáneo, la intensificación de la comunicación internacional ha hecho accesible a las masas poblacionales de los países pobres un número considerable de ideas radicales. Muchas de éstas, desde luego, han sido reinterpretadas por los ideólogos políticos locales de manera que no engendren inestabilidades internas "innecesarias". Grandes sectores poblacionales del mundo ya están familiarizados con una u otra versión del socialismo moderno. Saben lo que significa "explotación económica", distribución equitativa de los ingresos nacionales, justicia social. Muchos han aceptado el valor de que los ricos tienen que compartir su abundancia económica con los pobres y desamparados. Algunos de los líderes más sofisticados cuestionan la legitimidad de la riqueza privada extrema; saben ellos que el concepto de propiedad privada está siendo revolucionado aún en los llamados países capitalistas.

Pero más que nada, sectores numéricamente importantes de las sociedades pobres participan de la visión de que la pobreza es indeseable y puede ser erradicada; de que todos los sectores poblacionales de la sociedad deben y pueden participar de un nivel de vida más holgado, más seguro, y más prometedor.

Todas estas ideas y aspiraciones pueden tener un impacto positivo en aquellas sociedades que están tratando de maximizar sus capacidades productivas; que tratan de transformar las motivaciones humanas de manera que los individuos se orienten hacia la búsqueda del bienestar social. Tales deseos de mejorar facilitan que se introduzcan con un mínimo de resistencia psicológica técnicas y actitudes sociales innovatorias.

Pero si una sociedad no logra tener éxito en sus planes de desarrollo y transformación después de haber renunciado o destruido costumbres, valores, y creencias preciadas, muy bien puede encaminarse hacia un periodo de turbulencia, radicalización, y conflicto político-económico manifiesto.

II

Aunque Puerto Rico no es un caso necesariamente típico (esto, debido a su tamaño, y a su relación "especial" con los Estados Unidos), su presente esfuerzo por industrializarse ha generado un conjunto de problemas sociales que en una forma u otra tendrán que ser confrontados por casi todos aquellos países que quieran salir del círculo vicioso de la baja productividad y pobreza extrema.

En cierto sentido, la retórica política local (al igual que los voceros de propaganda federal) hacen de esta isla un "caso ejemplar" ("vitrina de la democracia") de un país extremadamente pobre que con muy escasos recursos económicos, ha logrado sobreponerse a los problemas tradicionales del subdesarrollo. En algunos círculos gubernamentales se señala con entusiasmo que el ingreso *per capita* ha aumentado significativamente, aunque no especifican la presente distribución de ingreso (Por ejemplo, 20% de la población recibió solamente 5% del ingreso total en 1963, mientras que el 20% con mayores ingresos recibió 51.1% del ingreso total en ese mismo año).⁷

Hay tantos salones de clase, tantos kilómetros de carretera, tantos hogares ocupados por sus "dueños", tanto consumo *per capita* de energía eléctrica, tantos automóviles, tantos radios, tantos teléfonos, tantos inodoros, tantas máquinas de lavar.

Algunos altos funcionarios del gobierno se esfuerzan por hacerle creer a las masas pobres y a los visitantes de países extranjeros que el país marcha a todo vapor hacia un futuro sin mayores problemas y sin necesidades humanas insatisfechas. Sin embargo, ¡cuán lejos se está de la realización de ese ideal!

En términos de números absolutos, es correcto aseverar que se han dado cambios económicos sociales de importancia. El analfabetismo ha sido prácticamente erradicado, aunque todavía miles de jóvenes abandonan las escuelas antes de haber completado su preparación primaria (el analfabetismo en el 1960 era de 17 por ciento).⁸

La producción industrial ha sobrepasado la producción agrícola en términos de dólares y centavos (Sin embargo, ciertos sectores agrícolas han deteriorado considerablemente, causando esto una reducción en el número de plazas en la agricultura como un todo). También es cierto que ha surgido una nueva clase media que, aunque constituye una fracción minoritaria de la población total, es varias veces mayor que la clase media preindustrial.

⁷ Vázquez, José L., *The Imbalance Between Resources and Population in Puerto Rico*, notas por Margot Preece, San Juan Star, enero 16, 1967, págs. 6 y 14.

⁸ Vázquez, José L., *op. cit.*

Sin embargo, a pesar de éstos y otros cambios progresivos el número de personas que viven en la pobreza extrema no ha disminuido, y es posible que hasta haya aumentado. Por ejemplo, en el año 1960, 42.7% de todas las familias informaron ingresos de menos de \$1,000 anuales.⁹ En el año 1966, "60% de las familias en Puerto Rico no reciben ingresos suficientes para satisfacer adecuadamente sus necesidades básicas".¹⁰ En 1960, 80% de las familias recibieron ingresos menores a \$3,000 anuales, cifra que divide en los Estados Unidos a las familias pobres de las que no lo son.¹¹ Más de 14% de la fuerza obrera está desempleada; de hecho, algunos economistas calculan que alrededor de 30% de la fuerza potencial de trabajo no consigue empleo. A pesar del número considerable de plazas creadas por las nuevas industrias, la tasa de desempleo se ha mantenido al mismo nivel desde el comienzo del proceso de industrialización. "... Así pues, los progresos en el campo de la creación de empleos no son suficientes para el crecimiento de nuestra fuerza obrera. Tal vez por eso nuestro desempleo sea todavía alto y mucho más alto que en la mayoría de los países que tienen similar nivel de vida que nosotros".¹² "Mientras en los Estados Unidos hay 1.75 personas desempleadas por cada una empleada, en Puerto Rico hay una tasa de 3.3 personas desempleadas por cada una empleada".¹³

15% de todas las familias reciben ayuda gubernamental insular, y 20% reciben alimentos gratis (sin contar los comedores escolares). En el 1952, alrededor de 300,000 personas recibían asistencia pública, y más de 650,000 personas estaban obteniendo comida de programas federales. En 1960 casi 160,000 jóvenes entre las edades escolares de 14 a 19 años no asistían a la escuela. De éstos, cerca de 100,000 no formaban parte de la fuerza obrera activa.¹⁴

Además, hay que tomar en consideración el importantísimo hecho de que alrededor de *un millón de puertorriqueños*, casi cuarenta por ciento de la población insular total, viven en la actualidad en los Estados Unidos.¹⁵ Toda esta pobreza está íntimamente relacionada a la explosión poblacional.

Igualmente relevante desde el punto de vista demográfico es lo que nos dice uno de los subsecretarios de instrucción pública: "Alrededor de 650,000 estudiantes son servidos por aproximadamente 20,000

⁹ Lewis, Oscar, *La Vida*, Random House, New York, 1966, págs. XI-XII.

¹⁰ Vázquez, José L., *op. cit.*

¹¹ Lewis, Oscar, *op. cit.*

¹² Santiago, Jaime, *et al.*, Artículos sobre economía de P. R., publicados en *El Mundo*, 1966.

¹³ Vázquez, José L., *op. cit.*

¹⁴ Lewis, Oscar, *op. cit.*

¹⁵ *Ibid.*

maestros en nuestro sistema de educación pública, un maestro por cada 32.5 estudiantes. Si fuera factible, y el próximo año se tratara de reducir a 30 el número de estudiantes por maestro, se necesitarían 2,100 profesores adicionales, más 1,000 para sustituir a los que se salen del sistema. Esto conllevaría conseguir aproximadamente 3,100 nuevos maestros, sin tomar en consideración las necesidades de personal para la supervisión. Se espera que los colegios de educación locales gradúen alrededor de 1,700 maestros el próximo año (1967). ¿De dónde van a salir los restantes 1,400 maestros que necesita el sistema?"¹⁶ En otras palabras, el esfuerzo por mejorar la calidad de la educación es derrotado por el desbalance que se da entre los recursos educativos de un lado y la creciente población estudiantil por otro. Con relación al nivel educacional en Puerto Rico, el Dr. Vázquez dice lo siguiente en un reportaje reciente: "En la actualidad (1967), la distancia entre Puerto Rico y los Estados Unidos en términos de nivel educacional es de 50 años. El analfabetismo en Puerto Rico en el 1960 (17%) es igual al que tenían los Estados Unidos en 1890. Se calcula que en el año 2,010 la isla haya alcanzado el nivel educacional que tenían los Estados Unidos en 1960".¹⁷

Otro ejemplo. Un vocero de una agencia gubernamental alega que durante los próximos 4 años serán creados 38,000 nuevos empleos como resultado del programa de promoción industrial. Sin embargo, mientras esto suceda la población insular habrá aumentado alrededor de 240,000 habitantes adicionales. ¿Es posible acumular capital de esta manera?

En Puerto Rico, el liderazgo político y cívico por diversas razones ha ignorado las señales de peligro que presenta el problema poblacional. La población está actualmente creciendo a una tasa de 2.3 por ciento anual. "Esto es un lujo que ni los países más avanzados en el mundo contemporáneo se pueden gastar".¹⁸ "Este aumento poblacional es comparable con el que experimentan los países más atrasados del globo terráqueo. Es 50% más alto que el de los Estados Unidos y la Unión Soviética, y 200% más alto que el de Europa".¹⁹ Además, nos dice el Dr. Vázquez en su reportaje: "Nosotros experimentamos un nivel increíble de deuda, y nos estamos endeudando más y más a pasos agigantados".²⁰

Sin embargo, aún los llamados intelectuales radicales no han dado la debida atención a tan urgente problema. Algunos líderes locales

¹⁶ Prieto, Claudio, *San Juan Star*, noviembre 30, 1966, pág. 3.

¹⁷ Vázquez, José L., *op. cit.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

responden a este tipo de alarmas con racionalizaciones freudianas, o con seudosoluciones. Por ejemplo, cuando el autor de este trabajo le ha planteado personalmente las implicaciones de esta situación, algunos colegas han ripostado que la llamada explosión demográfica es ilusoria. Otros han indicado que la discusión de este fenómeno es de lo más estéril que intelectualmente pueda darse. Algunos de los que están al tanto de la magnitud del crecimiento poblacional aseveran que los problemas sociales y económicos que éste conlleva están siendo solucionados. Apuntan éstos hacia la tasa de crecimiento económico, la cual es actualmente mayor que la tasa de aumento poblacional neto. Predicen además, sin mucha evidencia objetiva a la mano, que esta tasa de desarrollo económico será mantenida indefinidamente, y apuntan hacia el hecho de que la fertilidad ha ido en continuo descenso durante las últimas décadas (Sin embargo, el Dr. Vázquez ha demostrado en una publicación reciente que la aparente reducción en la tasa de fertilidad se ha debido más a la dinámica de la migración al exterior que a cambios en los patrones de procreación.²¹

Otros, al igual que los Obispos Católicos Norteamericanos,²² señalan hacia las tremendas posibilidades futuras que vislumbra el hombre a través de la aplicación de los descubrimientos científicos y de la tecnología económica avanzada. Hay quienes miran hacia el mar cuando se les habla de la gran crisis alimenticia que confronta el mundo subdesarrollado.

Hay que admitir que los problemas que con relación a este fenómeno confronta nuestra sociedad, al igual que gran parte del mundo moderno, son sumamente complicados. Además de las variables objetivas y cuantificables, están envueltos factores de juicio personal, preferencias morales, y profundas creencias religiosas. Los individuos han adquirido estas orientaciones morales y creencias, junto a un conjunto de supersticiones y miedos irracionales, durante su socialización primaria y como parte del legado cultural. Y aunque las personas pueden aprender muchas cosas nuevas durante la adultez, y en algunos casos dramáticos pueden modificar significativamente sus actitudes y motivaciones fundamentales, el hecho es que usualmente son muy renuentes a renunciar a aquellos valores y rasgos sicologicoculturales que les dan su identidad personal y que les garantizan un alto grado de seguridad emocional básica. Sin embargo, el sostener algunos de estos valores y creencias de origen tradicional obviamente conflige con las aspiraciones económicas interiorizadas por esos mismos individuos.

²¹ Vázquez, José L., Tendencias y patrones de fecundidad en Puerto Rico, *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. X, Sept., 1966, págs. 257-276.

²² *The New York Times*, diciembre 18 de 1966, pág. 14-E (The News of the Week in Review).

Las masas poblacionales de las sociedades industrializadas han hecho suyos unos ideales economicosociales que orientan a las personas a un modo de vida particular. Esperan éstas que el sistema social les provea entre otras cosas de la oportunidad de obtener un empleo permanente, una educación adecuada, ingresos moderadamente altos, hogares cómodos y repletos de artefactos electricomecánicos, tiempo libre para disfrutar de la vida, medios de transportación privada, y oportunidad para adquirir aquellas cosas y símbolos que fortalecen el orgullo personal y el prestigio social de la familia.

En otras palabras, aspiran estas poblaciones (o por lo menos sus líderes) a una civilización culta, con un máximo de ocio, un alto nivel de consumo, y un medio ambiente propicio para el desarrollo sicologicoemocional adecuado de las nuevas generaciones. En las élites intelectuales se conceptualiza al ser humano como una gama de potencialidades emocionales y cognoscitivas que debe ser cultivada para que éste pueda disfrutar a plenitud de su vida.

Estos ideales y metas no son exclusivos de las poblaciones de las sociedades desarrolladas. Ciertos grupos en las sociedades pobres también comienzan a participar de ellos. Por ejemplo, la ideología y movimiento comunista tiende a ser conceptualizado por algunos líderes actuales y potenciales de muchos países pobres como un "mecanismo" útil en la "occidentalización" de los valores y aspiraciones de sus respectivas masas poblacionales. El uso popularizado del concepto "país subdesarrollado" connota precisamente esta nueva orientación.

Frente a esta diseminación de esperanzas y aspiraciones económicas, los líderes políticos de los países pobres se han visto obligados, irrespectivamente de sus orientaciones o compromisos ideológicos particulares, a orientar el sistema económico hacia la rápida industrialización y modernización. En este sentido, Puerto Rico no es diferente de los demás países. Es necesario reconocer, sin embargo, que la popularización de estas aspiraciones economicosociales fue el resultado final de un largo y penosísimo proceso de desarrollo económico, tecnológico, político, intelectual, y sociocultural. Las naciones hoy desarrolladas experimentaron profundos cambios y dislocamientos sociales que finalmente culminaron en la racionalización y secularización parcial del modo de vida de sus gentes. Esta transformación, que se dio en casi todas las dimensiones de la vida en sociedad, facilitó la creación de los mecanismos culturales y de los recursos tecnologicoeconómicos necesarios para la realización parcial de los ideales arriba mencionados.

Puerto Rico también ha comenzado a participar de esa revolución de aspiraciones originada en los países avanzados de occidente. De hecho, solamente algunos sectores marginales y semidestituídos aún

no participan plenamente de los deseos de mejorar social y económicamente. Por ejemplo, es interesante observar cómo las agencias de bienestar público tienden a definir parte de su función como un esfuerzo por rehabilitar sicológicosocialmente a los miembros de estos sectores, inculcándoles deseos y motivaciones que les orienten a salir del círculo vicioso de la "cultura de la pobreza".

Pero en Puerto Rico, al igual que en otras áreas economicoculturales similares, existe un distanciamiento entre el deseo de mejorar y la capacidad para captar y adoptar las soluciones más efectivas a los problemas que plantea el esfuerzo por salir de la pobreza. Las soluciones racionales a estos problemas ya existen tanto en teoría como en la práctica; parten de las experiencias y de las reflexiones conceptuales de los hombres de acción y de los pensadores sociales de los países ya desarrollados. Sin embargo, las costumbres, creencias, valores tradicionales, prejuicios e ignorancias de la masa poblacional no permiten su inmediata y rápida instrumentación.

En teoría sabemos que el problema poblacional puede ser resuelto si los puertorriqueños adoptaran las medidas y actitudes requeridas, e.g., la racionalización de la procreación, la planificación de la familia, el uso de métodos contraceptivos. Estas mismas prácticas y actitudes fueron gradualmente adoptadas por las poblaciones de las naciones desarrolladas, aunque hay que admitir que el contexto histórico y demográfico era esencialmente diferente al de las naciones pobres contemporáneas.

Esta renuencia a adoptar los valores y prácticas de las poblaciones industriales no es solamente característico de los sectores pobres e ignorantes de la sociedad puertorriqueña. Lo que es aparentemente paradójico es el hecho de que son los sectores mejor educados de esta sociedad los que más enérgicamente se oponen al control de la natalidad. Irónicamente, las estadísticas demográficas demuestran que pese a los compromisos valorativos de estos grupos su fertilidad es mucho menor que la de los sectores con un bajo nivel de educación y sofisticación. En otras palabras, a pesar de oponerse como cuestión de principio al control de natalidad, los grupos de clase media y alta la practican en privado.

Muchos líderes políticos y cívicos locales pueden ser muy "liberales" en cuanto a aspiraciones económicas se refiere; han aceptado como legítimas las metas de desarrollo productivo de origen occidental. Sin embargo, son muy conservadores con relación al problema poblacional.

Desde luego, son muchos los factores influyentes en la creación de estas actitudes demográficas. Religiosamente, la mayoría de la

población es por lo menos nominalmente católica. Aunque se ha documentado que muchos de los miembros de las clases bajas no son católicos ortodoxos el impacto de la posición de la Iglesia frente al control de la natalidad sin duda ha sido perjudicial a la posible solución del problema. La posición tradicionalista de la Iglesia tiende a reforzar los valores-actitudes y las creencias supersticiosas de los sectores de baja educación. Además, es muy probable que esta institución ejerza una gran influencia sobre el modo de pensar del liderazgo político y cívico, sector que es el instrumento potencial para iniciar los cambios demográficos necesarios.

Es posible que la posición que frente a este problema han asumido algunos líderes políticos poderosos tenga que ver con la presión ejercida por la Iglesia Católica, ya sea porque privadamente comparten la misma ideología religiosa, o porque temen a las consecuencias que para su futuro político personal pueda conllevar el asumir una posición pública abiertamente opuesta a la de esta institución. Como es bien sabido, ya se dio un enfrentamiento dramático entre el partido en el poder y la Iglesia.

Además, algunos de estos políticos quizás temen que otros aspirantes al poder exploten con éxito cualquier rompimiento abierto con la organización católica. Otros quizás perciban divisiones dentro del partido como consecuencia de un conflicto politicorreligioso manifiesto.

Sea como sea, no debe haber la menor duda de que la posición oficial de la Iglesia ha perjudicado grandemente los esfuerzos de algunas entidades públicas y privadas por popularizar la "causa poblacional". Por otro lado, es necesario advertir que esta posición puede ser revisada "desde arriba". Si es así, la Iglesia, por virtud de poseer grandes recursos organizacionales y morales, puede hacer una gran contribución a la solución final del problema de la sobrepoblación, tanto localmente como en las demás áreas católicas mundiales.

Sin embargo, el problema de las actitudes negativas no se limita al aspecto religioso. Las clases media y alta se han desligado ecológicamente y psicológicamente de los problemas de la población y de la pobreza en esta sociedad. El conservadurismo que acompaña tal separación es en parte responsable del bajo grado de conciencia social de sus miembros.

Los miembros de los estratos economicosociales medios y altos, estratos de donde saldrán los futuros líderes políticos del país, han ido perdiendo su sentido de responsabilidad cívica y su capacidad para la innovación política. Muchos de éstos apenas tienen contacto con las condiciones económicas y culturales en que viven los sectores pobres de la sociedad. Por ejemplo, uno se sorprende de las reacciones de

incredulidad que emiten algunos frente a los resultados de estudios sociológicos, e.g., *La Vida* de Oscar Lewis, al documentar éstos la inhumana condición en que viven las clases pobres nuestras. La retórica conservadora de las clases media y alta inmediatamente procede a desacreditar "metodológicamente" este tipo de hallazgo científico. Sin embargo, aun cuando estos documentales biográficos no sean estrictamente representativos de la masa total del sector pobre, el hecho es que muchas de las condiciones existenciales descritas en ellos están lo suficientemente generalizadas como para que constituyan un serio problema colectivo.

III

Mientras esta comunidad no resuelva satisfactoriamente (a tono con las aspiraciones mínimas del mundo moderno) sus problemas económicos, su dependencia de otros países no cesará. Concretamente, Puerto Rico continuará siendo una dependencia (¿colonial?) de los Estados Unidos mientras no logre balancear sus crecientes necesidades económicas con el desarrollo de sus potencialidades productivas. Este país necesita arrestar el aumento desmesurado de la población. Tiene que calcularse cuántos habitantes puede potencialmente, y cómodamente, sostener la economía futura del país, y tiene que fijarse ese número como una meta que no pueda rebasarse. Más que nada, se tiene que hacer un esfuerzo máximo por reducir la tasa anual de aumento neto de manera que sea mucho menor que la tasa de desarrollo real de la economía. Solamente de esta manera podrá el país resolver el problema de la pobreza extrema.

Los líderes locales tienen que comenzar a darse cuenta de las consecuencias negativas que ofrece el problema poblacional a las aspiraciones económicas, políticas y sociales de la gran mayoría de la población.

Para que éste y otros problemas relacionados puedan ser resueltos es necesario que las clases educadas se preocupen más por, y participen más en, la realización de las metas colectivas. Es necesario que el ciudadano aprenda a evaluar sus actos y decisiones privadas en términos de las consecuencias negativas y positivas que puedan éstos conllevar para la comunidad como un todo. Por definición, los intereses legítimos de los individuos particulares no deben estar abiertamente en conflicto con los intereses a largo plazo de la sociedad total. Esta responsabilidad cívica no conlleva necesariamente que la persona renuncie a la libertad privada. Uno de los más importantes y legítimos intereses

de la comunidad tiene que ser el bienestar del individuo; tal bienestar no puede ser realizado sin un considerable grado de autonomía personal. Esta premisa es uno de los valores fundamentales de la civilización occidental. Pero se hace necesario distinguir entre el individualismo legítimo y responsable y el seudoindividualismo, el cual parte de intereses y prácticas sumamente egoístas y perjudiciales.

Una de las características de nuestra población es que aparentemente aspira al individualismo económico en una era en que la cooperación al nivel nacional y el compromiso con el bienestar colectivo tienden a ser la regla en algunos países avanzados. Es verdad que en ciertas circunstancias la movilización del esfuerzo individual tiene que partir de un sistema de incentivos privados. Sin embargo, no por esto se debe subestimar y descuidar la función que puede juzgar la cooperación. Es en este último nivel que los movimientos comunistas contemporáneos posan un verdadero desafío a las élites en el poder en los países subdesarrollados. Estos movimientos tratan de penetrar la mentalidad del individuo con el propósito de transformarla de manera que ésta se comprometa con el desarrollo economicosocial de la unidad nacional como un todo. Es por esto que los que participan de esta ideología respaldan los sentimientos nacionalistas. Ven la posibilidad de canalizar estos sentimientos patrióticos hacia el compromiso con el esfuerzo comunal.

Aunque nuestra orientación ideológica rechaza los extremos radicales de esta posición, no debe caber la menor duda de que durante el crucial periodo inicial de desarrollo y transformación economicosocial es de gran utilidad la adopción e interiorización al nivel individual de un propósito nacional que haga más aceptable un número de sacrificios indispensables que necesariamente tienen que hacerse si es que ha de realizarse la meta de mejoramiento existencial. ¿Cómo puede un país pobre, sin la ayuda de gigantescas inversiones de recursos capitales acumulados en el extranjero, salir del círculo vicioso de la pobreza si su población no aprende a participar de un profundo sentido de misión nacional?

Uno de los fenómenos de mayor importancia económica, y de los más difíciles de evaluar y controlar, es el factor motivacional individual —el incentivo para trabajar y producir al máximo. Aun países con sistemas políticos totalitarios, tales como Rusia y China, han tenido que hacer concesiones prácticas en este nivel. Han tenido que posponer metas prescritas por la ideología oficial y permitir, y en algunos casos fomentar, la diferenciación de recompensas e ingresos como mecanismo para lograr una mayor productividad y cooperación del trabajador promedio. Cuando se critica la tendencia hacia el consumo conspicuo en

las nuevas clases medias, y cuando se advierten los efectos adversos que para la acumulación rápida de capital tiene tal orientación, no se debe ignorar el hecho de que en la ausencia de un sistema coercitivo centralizado sería muy difícil movilizar al máximo las energías productivas potenciales de un país subdesarrollado sin el incentivo de mayor poder adquisitivo y mayor consumo privado. De hecho, en este aspecto particular se hace necesario reconocer la función que juega la propaganda comercial en la creación de nuevas necesidades de consumo. Dentro del contexto ideológico en que se mueve Puerto Rico, esto parece crear un callejón sin salida. Para que el ciudadano privado esté dispuesto a dar el máximo, a sacrificarse más, tiene que visualizar la posibilidad de mayores beneficios personales como recompensa a sus esfuerzos adicionales. Por otro lado, la tendencia hacia el consumo excesivo no permite que el país acumule capital con la rapidez necesaria.

¿Qué hacer con este problema, dentro del contexto "democrático" en que funciona la economía puertorriqueña? Algunos quizás sugieran que se introduzcan medidas puestas en práctica en países que no parten de la tradición liberal. Por ejemplo, se puede tratar de educar lo más rápidamente posible a la masa productora y consumidora de la sociedad. Mediante campañas de propaganda se debe inculcar en la mentalidad ciudadana la importancia y urgencia que para la colectividad tiene el ahorro privado.

Sin embargo, es posible que el grado de efectividad que este tipo de medida haya tenido en países no democráticos posiblemente se ha debido más al hecho de que al individuo no le ha quedado otra salida que acatar los "consejos" del Estado, que al impacto psicológico privado de tal llamamiento.

Es necesario advertir que las decisiones privadas de consumo no son del todo irracionales. Es cierto que la búsqueda de prestigio, el deseo de ser "más que fulano", la tendencia exagerada hacia la movilidad vertical, el exhibicionismo social, tienen raíces irracionales. Pero ligado a estas tendencias se da también el deseo legítimo de vivir con un grado mayor de confort. Esto, desde luego, tiende a darse con cierto grado de exageración en aquellos países y sectores poblacionales donde lo común en el pasado inmediato ha sido una vida llena de sacrificios personales y escasez económica crónica. La nevera, la máquina de lavar, los muebles, el televisor, los enseres eléctricos menores, aun el aire acondicionado para la temporada de calor extremo, junto al hogar cómodo, y el auto; todas estas cosas sin duda hacen la vida más confortable. Además, muchas de estas facilidades materiales tienden a promover la liberación de las energías productivas de aquellos

sectores mejor preparados y de mayor utilidad económica para la sociedad.

Igualmente, un nivel de vida desahogado para un sector de la población muy bien puede servir de incentivo para los demás sectores, los cuales pueden ver en éste la promesa de una realidad por venir.

Además, ¿qué derecho tienen los líderes políticos de un pueblo para privar del producto de sus esfuerzos a los miembros de un grupo o generación, si dada la naturaleza del problema poblacional estos ahorros forzados no han de redundar en un mejoramiento económico real para la mayoría de personas en la sociedad? Es precisamente por ésta y otras razones que se hace indispensable controlar el número de "bocas" que habrán en el futuro. Para que los grupos mejor ubicados en la sociedad estén dispuestos a ceder parte del producto de sus esfuerzos, tiene que garantizarse que tales ingresos no serán despilfarrados miserablemente en mantener al margen de la vida a masas de individuos cada día más numerosas.

Esto no implica que no se debe tratar de lograr que el consumo privado rinda el mayor beneficio posible. Directa o indirectamente se puede orientar al consumidor de manera que éste reduzca la compra de aquellas cosas que no aumentan significativamente la confortabilidad física, o cuyos frutos psicológicos son de poca duración. Por ejemplo, el auto puede ser menos caro y no tiene que ser cambiado todos los años. La casa no tiene que tener tres cuartos de baño, el televisor o tocadiscos no tiene que ser "de luxe"; el viaje de placer al extranjero puede ser pospuesto un poco. Igualmente, los impuestos escondidos pueden ser usados para bloquear el consumo exagerado de cosas caras y de poca utilidad: el licor, los perfumes, los cigarrillos, las joyas. Además, los ingresos recuperados mediante estos mecanismos pueden ser invertidos en empresas semipúblicas, o deben ser usados para crear facilidades que fomenten el desarrollo privado de la economía.

Desafortunadamente, una porción considerable de los ingresos recibidos por el Estado tiene que ser gastada en servicios sociales mínimos orientados a combatir la precaria situación economicosocial de la creciente población. Esta situación redundará en un círculo vicioso en que la capacidad productiva no puede aumentar con la rapidez necesaria para que la economía salga a flote (take-off point) debido a que los ahorros obtenidos mediante los mecanismos contributivos son invertidos (¿malgastados?) en servicios o inversiones poco productivas. De hecho, estos servicios tienen el efecto inmediato de fomentar el crecimiento demográfico.

IV

Se tiene que incorporar en la retórica pública la idea de que la solución a unos problemas genera otros que en un nuevo nivel pueden ser tan apremiantes como los primeros. Además, la solución de los problemas originales puede haber revolucionado la situación de tal manera que el no poderse solucionar los problemas posteriormente creados puede resultar ser más desastroso que el no haberse podido resolver los problemas originales. Por ejemplo, el haberse implementado un efectivo programa de salud pública ha conllevado la casi total eliminación de la mortalidad causada por las epidemias y enfermedades tradicionales. Esto ha causado tal incremento poblacional que si no se logra controlar puede anular las posibilidades de mejoramiento para la porción mayoritaria del pueblo. Conjuntamente, se tienen que mencionar los grandes sacrificios valorativos y culturales que tiene que hacer la sociedad en su esfuerzo por copar con los inevitables problemas economicosociales de esta explosión demográfica.

La avalancha de desempleados que crea la alta fertilidad y la migración del campo a la ciudad obliga al país a intensificar sus esfuerzos por atraer capital de afuera. Se aceptan propuestas para explotar libremente los "recursos naturales" de la nación. Se cede frente a presiones ejercidas por los bien organizados intereses de estos inversionistas, y se permite que éstos impongan las normas de desarrollo economicosocial.

En otras palabras, la explosión poblacional, y la alta tasa de desempleo que ésta crea, forzan una situación de manos atadas, donde el Estado o la sociedad tiene que seguir la corriente económica con un mínimo de resistencia. Esto quizás explique parcialmente la aparente política gubernamental de favorecer o permitir tasas de ganancia sumamente altas para el sector capitalista extranjero. Probablemente esto se hace con la esperanza de que tal incentivo estimule la inversión de la mayor porción de las ganancias en programas de expansión o en nuevas industrias locales. Sin embargo, los inversionistas de afuera aún no han respondido adecuadamente a este tipo de incentivo.

Junto a todo esto tenemos que añadir los cambios cualitativos y cuantitativos que se están dando en los procesos productivos modernos. Estamos en el comienzo de una transformación tecnológica revolucionaria, una segunda revolución industrial. Esta puede conllevar serias implicaciones negativas para la economía local. Como es bien sabido, una alta proporción de las empresas financiadas con capital extranjero consisten de pequeñas fábricas económicamente marginales que even-

tualmente están condenadas a desaparecer a medida que los grandes consorcios, con su avanzada tecnología, aumenten su productividad y logren competir favorablemente con éstas. Esto es así, especialmente cuando una gran proporción de la producción local tiene que ser vendida a mercados exteriores, predominantemente al mercado norteamericano. Ya "Fomento" ha percibido las consecuencias futuras de esta situación y ha comenzado a promover inversiones en industrias pesadas; industrias que tengan un largo historial de estabilidad, o que prometan un alto potencial de crecimiento y supervivencia.

Irónicamente, son estas industrias, con sus grandes recursos financieros, las que mayor uso harán de la automatización, lo cual redundará en una significativa reducción en el número de plazas por capital invertido. Y son estas empresas las que menor uso harán del desempleado no diestro, que es la clase de trabajador que abunda en nuestra economía. Las dificultades en este nivel aumentan considerablemente al forzarse sobre el sistema local estándares de salario mínimo de una economía superdesarrollada.

Nuestra sociedad es presentemente movida por fuerzas externas e internas muy poco susceptibles a la manipulación y control racional. Los líderes locales responsables hacen considerables esfuerzos por encauzar el desarrollo por cauces aceptables y menos perjudiciales, pero aparentemente cada día pierden más autonomía y capacidad para hacerlo. Su tarea se hace más difícil al tener que operar dentro de un marco político e ideológico sumamente limitante.

Los deseos de conseguir mejores empleos motiva a numerosas personas a mudarse del campo y los pueblos pequeños a los grandes centros metropolitanos. Estos emigrantes tienden a ser más jóvenes que el promedio general de la sociedad y, por lo tanto, tienden a tener una tasa de fertilidad más alta que la población en general. Además, en la zona urbana tienen acceso a un número de facilidades y medidas que reducen significativamente la mortalidad. Es debido a esta emigración del campo a la ciudad, y a la alta fertilidad de los grupos emigrantes, que los esfuerzos del Estado por proveer viviendas decentes a los sectores de ingresos bajos hasta el presente han sido inadecuados. De hecho, las unidades de arrabal no han disminuido numéricamente desde que se instituyó el programa de renovación urbana. Es posible que en el futuro este programa no disponga de los fondos económicos necesarios para por lo menos evitar que la situación de viviendas deteriora. El auge económico en la zona urbana ha causado un alza considerable en los costos de construcción y de tierra, causando un aumento considerable en el precio de la unidad de vivienda.

Además, la reubicación ha conllevado la destrucción del sentido de comunidad que normalmente se da en las barriadas pobres. Los grandes caseríos contrastan social y psicológicamente con las comunidades tradicionales. Las personas reubicadas se sienten inicialmente aisladas. Desaparecen los controles sociales de la conducta, y consecuentemente deterioran los criterios de moralidad, engendrándose nuevos problemas sociales. En algunos casos, estos caseríos se han convertido en nidos de delincuencia, uso de drogas y prostitución.

La emigración, desde luego, no se ha limitado a los centros metropolitanos locales. Más de una tercera parte de la población total, cosa nunca antes vista en otro lugar, ha tenido que emigrar fuera del país en busca de mejores empleos, y aunque la gran mayoría aspire a regresar a su lar nativo, son muy pocas las posibilidades de que tal ideal sea factible.

En los Estados Unidos, estos emigrantes puertorriqueños llevan a cabo las labores económicas menos prestigiosas y peor remuneradas. En algunos casos, la mano de obra barata que ofrece este emigrante ha permitido que empresas marginales y en decadencia sobrevivan un poco más de tiempo. Políticamente, el puertorriqueño es explotado por líderes continentales astutos que sólo les interesa su voto, pero que apenas se preocupan por las condiciones casi inhumanas en que tiene que vivir y trabajar. Su origen cultural y lingüístico hace difícil que el emigrante puertorriqueño aproveche al máximo las facilidades educativas accesibles para los nativos en aquella sociedad.

Todo esto se complica por los ya mencionados cambios tecnológicos y productivos que se están dando en la economía estadounidense. Es muy probable que en un futuro cercano millones de obreros no diestros y semi-diestros sean desplazados por la automatización en la industria y en el sector de servicios. Esta transformación con mucha probabilidad forzará algunos cambios políticos a largo plazo. Pero a corto plazo, no hay duda de que el cese forzado por la automatización afectará más a aquellos grupos minoritarios de origen étnico y racial diferente al de la población blanca nativa. El golpe económico será más duro para los emigrantes que no han podido adquirir las destrezas lingüísticas y sociales mínimas necesarias para la adaptación a este tipo de cambio económico. En este grupo de emigrantes cae la gran mayoría de los puertorriqueños.

Es posible que como consecuencia de estas transformaciones, miles de puertorriqueños traten de regresar a su lugar de origen. Si lo hacen complicarán una situación sumamente crítica tal como está en la actualidad.

V

Lo mencionado anteriormente va acoplado al surgimiento en nuestra población de una orientación hacia el consumo que no se ajusta a las demandas de una economía subdesarrollada y con una alta tasa de desempleo. Puerto Rico se ha orientado hacia unas metas económicas que son propicias para un sistema productivo altamente desarrollado y solvente. En los sistemas avanzados, la estabilidad económica depende más que nada del balance entre la producción y el consumo. Lo que más necesita la economía norteamericana son consumidores. Por otro lado, en la economía subdesarrollada, la estabilidad económica, la cual tiene que conllevar una tasa alta de crecimiento, debe buscarse entre la producción, el consumo, el ahorro, y la inversión. Para que se garantice una tasa de crecimiento moderado, la población tiene que consumir menos de lo que produce. La diferencia tiene que ser invertida en medios productivos.

Solamente de esta manera podrá la economía del país salir a flote.

Pero en Puerto Rico encontramos la paradójica situación de que las presiones para que se consuma más, típicas de una economía superdesarrollada, son impuestas sobre una población cuya economía debe orientarse más que nada hacia la rápida acumulación de capital.

Los medios de propaganda originados y controlados por el sector distributivo de la economía norteamericana son utilizados, con muchísimo éxito, para aumentar los apetitos y aspiraciones de consumo del sector empleado de la población local. Las casas distribuidoras, especialmente las grandes tiendas en cadena, disponen de vastas facilidades de crédito, y usan éstas para estimular a los consumidores locales a que inviertan más de lo que reciben. De hecho, el ahorro en esta sociedad es actualmente negativo: el consumo es mayor a los ingresos personales. Es por esta razón que el crecimiento del capital productivo, tanto privado como público, ha dependido casi exclusivamente de ahorros logrados fuera del país.

La filosofía de consumo de las nuevas clases prósperas sin duda afectará la capacidad futura del Estado para obtener mayores ingresos proporcionales mediante impuestos. Estos sectores se inclinan rápidamente hacia el conservadorismo político. Nótese como ya se comienza a ejercer presión para que se reduzcan los arbitrios sobre los autos, a pesar de que el aumento rápido en el número de éstos ha conllevado grandes gastos en carreteras, estacionamiento, vigilancia, servicios médicos, además de los problemas de tránsito, contaminación del aire, y afeamiento de nuestros paisajes.

Si se redujeran los impuestos progresivos sobre los autos aumentaría con mayor rapidez su número, y se generarían demandas adicionales de servicios públicos, y se multiplicarían los problemas asociados a este fenómeno. Mientras tanto, el Estado dispondría de menos ingresos para financiar los gastos adicionales.

Este conservadorismo incipiente de las clases medias y altas, junto a la eventual ascendencia al poder político de sus representantes, reduce significativamente las posibilidades de que se ofrezcan soluciones originales y audaces a los formidables problemas que va creando el esfuerzo por desarrollar la capacidad productiva de la nación. Debido al hecho de que estos sectores sociales disponen de grandes recursos económicos e intelectuales, es muy probable que en un futuro no muy lejano adquieran poder mucho mayor que el que les corresponde por razones numéricas. De hecho, ya comienzan estos sectores a movilizar la "opinión pública" para atacar medidas que afectan a corto plazo sus intereses de clase.

VI

Roma no se construyó en un día, pero finalmente pudo ser construida. Así nos dirán aquellos que se oponen a este tipo de evaluación de la situación nuestra. En cierto sentido tienen razón. Es posible sacar a Puerto Rico de la pobreza, pero para que tal cosa se dé tienen que resolverse un sinnúmero de problemas.

Si no se llevan a cabo las reformas necesarias muy bien podemos quedarnos en la primera fase de desarrollo, con grandes posibilidades de deterioro. Por tal razón, debemos estar dispuestos a sacrificar algunos de nuestros valores tradicionales. Al mismo tiempo, tenemos que ser receptivos a aquellas actitudes y medidas que mejor se adaptan a demandas de una nueva sociedad.

La pobreza extrema, la alternativa inevitable a la inacción, no es el mejor preservativo de la cultura. La "cultura de la pobreza" no es el mejor mecanismo para preservar e invigorar los tesoros tradicionales de una sociedad. Al mismo tiempo, tenemos que reconocer que el haberse orientado esta sociedad hacia la industrialización y modernización de la economía implica el estar consciente o inconscientemente dispuesta a modificar sustancialmente muchas de las pautas culturales tradicionales.

Puerto Rico ya ha sufrido cambios sumamente profundos y problemáticos. La vida prácticamente apacible del campo y pueblo pequeño está siendo sustituido por la agitada vida urbana. La estructura interna

de la organización familiar ha experimentado modificaciones sustanciales. La autoridad tradicional del hombre, como esposo y como padre, ha sido socavada parcialmente, y está siendo sustituida por un nuevo sistema de relaciones intrafamiliares. Los fuertes lazos de filiación familiar extensa han sido debilitados, surgiendo en su lugar una pequeña y relativamente aislada unidad familiar de tipo nuclear. El sentido de comunidad ha desaparecido en las áreas metropolitanas, y en su lugar surge el aislamiento social profundo que inicialmente conlleva la vida en urbanizaciones y apartamentos.

La tierra ha sido abandonada por las juventudes que emigran en masa a los crecientes centros urbanos en busca del empleo en la fábrica, la tienda, o la oficina burocratizada. La crianza de hijos gradualmente ha ido pasando de la familia íntima a instituciones educativas impersonales. Como consecuencia, nuevas generaciones se desarrollan psicológicamente sin el grado adecuado de cuidado y supervisión parental. Los miembros viejos de la familia ya no son vistos como pilares indispensables de sabiduría tradicional, sino más bien como cargas económicas y emocionales indeseables. La nueva distribución de poder entre el hombre y la mujer es fuente de discordancias dentro del hogar. Como consecuencia, aumentan los divorcios, los hogares disueltos, y los niños abandonados.

El orden público ya no se sostiene por las normas morales adquiridas durante la niñez en el seno de la familia. Cada día se hace más necesario el uso de la fuerza policiaca para mantener la seguridad personal. Aumenta la delincuencia, el crimen organizado, la prostitución, el uso de drogas *estupefacientes*, las enfermedades mentales, los accidentes de tránsito, el desempleo en masa. Desaparece el compañerismo y el respeto a la persona humana. Crece la discriminación racial y socioeconómica en algunos grupos de clase media y alta,

Todo esto, además de la inflación, la contaminación del aire, la destrucción de las playas y otras bellezas naturales, y las tensiones emocionales que conlleva la ansiosa búsqueda de *status*.

En otras palabras, Puerto Rico se ha enfrascado en un proceso de cambio que necesariamente conlleva un sinnúmero de sacrificios de primera magnitud. Además, este país, por razones obviamente económicas, ha "suspendido voluntariamente" la solución al problema del *status* político. Jurídicamente, Puerto Rico está aún sometido a decisiones originales en una sociedad que participa de una tradición cultural y lingüística diferente, y de una situación económica avanzada. Quizás este sacrificio sea uno de los mayores que pueda hacer cualquier pueblo: el negarse ser una unidad politicocultural independiente y dinámica, capaz de transformarse con mayor o menor rapi-

dez, pero siempre tratando de conservar y cultivar aquellos rasgos que no son incompatibles con los cambios estructurales y valorativos indispensables para el desarrollo de sus potencialidades económicas y sociales.

La solución al problema de la población no puede partir de lo tradicional. No se debe dejar que la cosa siga su curso y que la naturaleza, o la mano invisible, resuelva el problema. Es necesario que el Estado y el liderazgo político de la sociedad, junto a aquellos que se sientan responsables por el futuro económico y sociopolítico de Puerto Rico, tomen acción inmediata; acción que debe partir de ejemplos como los del Japón, de esfuerzos masivos por introducir modos y métodos contraceptivos de manera que la gente pueda planificar la familia, especialmente las clases que más lo necesitan, las clases pobres, que son las que menos acceso tienen a las facilidades e información contraceptiva necesaria. Es muy probable que estos grupos sean receptivos a un programa de propaganda demográfica razonable, pues son ellos los que más directamente sufren las consecuencias negativas de la explosión poblacional. Estudios como el de Stycos²³ sugieren que estas familias idealmente desean concebir un número menor de hijos, pero su pobreza intelectual y económica no permite que logren tal ideal.

VII

Desde un punto de vista crítico, uno puede preguntarse cuál es el destino cultural de esta sociedad. Aparte de la tradicional posición religiosa, ¿Cuáles son las aspiraciones filosóficas y existenciales de los sectores intelectualmente "despiertos" de nuestra población? ¿Están al tanto los grupos mejor educados de los profundos cambios conceptuales e ideológicos que se están manifestando en los círculos más sofisticados del mundo contemporáneo?

En Puerto Rico, algunos sectores intelectuales minoritarios defienden con insistencia lo que ellos tienden a llamar "la identidad cultural", aunque muy pocos han tratado de esclarecer satisfactoriamente lo que esto está supuesto a significar dentro del contexto civilizatorio actual. Los que se oponen a esta postura tradicional alegan que ésta conllevaría un indeseable enquistamiento histórico, un insularismo cultural. De ahí, que sus líderes traten de orientar la sociedad hacia el "universalismo occidentalista".

²³ Stycos, Mayone, *Familia y Fertilidad en Puerto Rico*, Fondo de Cultura Económica, 1958.

Intelectualmente, el mundo moderno experimenta un sinnúmero de transformaciones verdaderamente revolucionarias. Las conceptualizaciones sobre el lugar del hombre en el marco de la existencia, las creencias religiosas, los conceptos de salvación y destino de la humanidad, han sido revolucionados hasta tal punto que en muchas mentalidades sensibles sólo ha quedado un vacío espiritual muy difícil de llenar. La fe "ciega" e irreflexible ha sido históricamente sustituida por la "razón analítica", y ésta en cambio está siendo sabotada por el "nihilismo existencialista".

Al abandonar muchos de los símbolos y mitos tradicionales: al comenzar la exploración de la "terra incógnita" del subconsciente (vía del psicoanálisis y las drogas *e.g.*, LSD), el hombre occidental ha tenido que enfrentarse al vacío ilimitado que aparenta ser la existencia, a la "nada" del tiempo y el espacio.

En el pasado, el ser humano dependió de la herencia cultural para obtener sentido de la vida; dependió de la repetición de los ritos tradicionales para su orientación existencial. Pero al destruirse o abandonarse la herencia tradicional, el hombre se ha quedado solo, consigo mismo, sin saber que hacer, o que orientación final tomar.

Surgen cultos y movimientos fundamentalistas, no religiosos en el sentido tradicional, sino más bien políticos, sexuales, iconoclastas. La religión es sustituida por el sexo, la alucinación artificial, y la política dogmática.

Desde luego, los participantes alegan que sus acciones son racionalmente justificables. Sin embargo, tal parece que estos esfuerzos por reinterpretar la realidad existencial, por descubrir un "nicho" de sentido en el mundo moderno, tienden a ser espúreos e ineficaces.

A través de su larga historia y evolución el hombre no se ha conformado con una realidad desnuda y animal. Siempre ha tendido a crearse un mundo de imaginación y fantasía. Siempre ha aspirado a elevarse a dimensiones espirituales esotéricas. Es así como ha engendrado en el pasado profundos sentidos vivenciales. Pero hoy se le hace muy difícil al hombre sofisticado moderno aceptar los productos de su imaginación, o sus proyecciones síquicas. Está convencido de que lo imaginario, no importa lo excitante y atractivo, no es "verdadero".

El hombre moderno no quiere engañarse a sí mismo; está demasiado "avanzado" para aceptar las tradicionales hipótesis sobrenaturales o para acatar las órdenes de los dioses. La mente preocupada y sensible se esfuerza por encontrar sentido en el inmenso e incomprensible universo que le rodea, esa masa de oscuridad que por primera

vez percibe con la claridad que le permite su mentalidad irreligiosa, irreverente y analítica.

Para la mentalidad sofisticada del mundo moderno no hay mística, no hay magia, no hay providencia. Sólo queda una realidad desnuda, cuyos principios de funcionamiento son cognoscibles y manipulables, pero cuya esencia es aún incomprensible.

Sin embargo, no todo es negativo en esta visión. Ya algunos predicen el surgimiento de un nuevo vivir, una radical pero legítima manera de percibir y sentir los fenómenos de la existencia. Pensadores optimistas ya nos hablan de un reino de genuina libertad; una libertad fundamentada en un individualismo diferente, individualismo que, irónicamente, se cristaliza a través de la participación comunal. De este modo, Erich Fromm asevera que estamos pasando de la "libertad de" a la "libertad para".²⁴ Igualmente, Julián Huxley²⁵ ve nuestro presente predicamento existencial como una precondition indispensable en la autocreación de nuestro propio destino. Al romper el hombre el "cordón umbilical" con el pasado que vivía pero que no comprendía, al liberarse paulatinamente de las cadenas del inconsciente y del hábito pavloviano, podrá escoger lo que más le convenga y que mayores beneficios materiales y espirituales le rinda. Puede el hombre encaminarse, dirían ellos, hacia la "utopía".

Los cambios ideológicos y conceptuales modernos, en el grado que sean legítimos, deben servir de marco orientador en la búsqueda del bienestar. Ninguna sociedad puede pretender haber resuelto sus problemas fundamentales si no logra, mediante la acción bien pensada de sus miembros, ofrecer a cada uno de éstos un marco de oportunidades existenciales que permita a cada cual escoger su propio modo de percibir la existencia y de obtener placer y sentido de la vida. Es de esperarse que este tipo de individuo libre pueda percibir con claridad cuales son las condiciones colectivas mínimas que tienen que darse para que sus metas individualistas sean realizables. Pero una sociedad desorganizada e incoherente no es el instrumento más efectivo para crear estas condiciones mínimas necesarias.

La libertad individual demanda organización, coherencia, cooperación, y un alto grado de consenso con relación al basamento de la libertad misma. Sin embargo, para que se logren estas condiciones se hace necesario, por doloroso que esto sea, descartar aquellos símbolos y mitos tradicionales desacreditados. Es necesario que los miembros de la sociedad canalizen sus esfuerzos y energías en aquellas direcciones que mejor resultado prometen en la búsqueda de la liber-

²⁴ Fromm, Erich, *El miedo a la Libertad*, Editorial Paidós, 1961.

²⁵ Huxley, Julián, *op. cit.*

tad. En Puerto Rico, se hace necesario primero que nada, resolver el problema poblacional y el problema político, los mayores obstáculos presentes a la realización de las precondiciones mínimas necesarias para la búsqueda de la libertad existencial.

Económicamente, tenemos que buscar bienestar y seguridad; políticamente, necesitamos libertad para forjar nuestro propio camino; humanamente, debemos orientarnos hacia el desarrollo y evolución máxima de nuestro espíritu personal y colectivo.

Es necesario reconocer que vivimos en un mundo revolucionario: políticamente, socialmente, intelectualmente, espiritualmente. Tenemos que tener cierto cuidado al dar pasos hacia adelante, pero no hemos de tenerle miedo al futuro. Nuestras decisiones colectivas deben ser de carácter racional, pero debemos cuidarnos de la seudoracionalidad (el inconsciente tiene sus maneras de infiltrarse en nuestros planes y acciones). Tenemos que tratar de evitar las consecuencias no previstas de nuestros actos; hay que planificar la planificación. Debemos mirar hacia atrás, beneficiarnos del pasado cultural, pero no debemos conceptualizar ese pasado como una era gloriosa que debe ser revivida. Buscamos libertad, pero no debemos destruir las condiciones que la garantizan a largo plazo. Y tenemos que darnos cuenta de que la libertad del futuro puede demandar grandes sacrificios personales del presente.

Al proponer modificaciones a los compromisos ideológicos derivados de la tradición cultural, debemos ofrecer sustitutos adecuados. El desarrollo social inevitablemente conlleva un grado considerable de destrucción; que parta ésta última de un proceso creador y generador de nuevas esperanzas.

Finalmente, tenemos que aceptar que el llamado a la razón conlleva a corto plazo una pérdida de sentido, de identidad, de seguridades emocionales.

Pero más que nada, tenemos que darnos cuenta de que si nos negamos el derecho a forjarnos nuestra propia historia, será ésta hecha para nosotros. Las fuerzas desatadas en la presente época son demasiado poderosas y amenazadoras; apenas pueden ser retadas por nuestros relativamente débiles y escasos recursos humanos y culturales.